

Montini:

Asistente Eclesiástico Nacional de la F.U.C.I.

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

Por los días en que el nuevo sacerdote Juan Bautista Montini cursaba estudios en la Academia Eclesiástica de Roma se le señaló como campo de primeras experiencias apostólicas la asistencia espiritual al Círculo Romano de la FUCI o Federación Universitaria Católica Italiana.

Lo había propuesto Monseñor Giuseppe Pizzardi.

Joven, recién salido de las aulas universitarias, conector del ambiente, el oficio que se le confiaba se le hacía especialmente grato y le ofrecía la oportunidad de un precioso enriquecimiento de experiencia pastoral.

Se diría que la preparación para el oficio le venía desde el hogar, desde las primeras visiones de su niñez.

El había sido testigo de las luchas desencadenadas contra los católicos de parte de los anticlericales. En Brescia el Capitoste era nada menos que el mismo Giuseppe Zanardelli, ministro de Instrucción Pública y más tarde Presidente del Consejo.

No podía olvidar tampoco las polémicas sostenidas por su padre en **Il Cittadino di Brescia** para defender el derecho de los católicos a tener sus propias escuelas. Las batallas, por cierto, fueron coronadas de un éxito rotundo, tanto que Zanardelli fue derrotado en las siguientes elecciones administrativas y se encontró de la noche a la mañana excluido del Consejo Provincial que durante años había presidido...

Giorgio Montini fue también uno de los fundadores de la **Obra para la conservación de la fe en las escuelas de Italia**, de la que vino a brotar más tarde la sociedad editora "**La Scuola**" que tuvo su legislador y plasmador en el célebre sacerdote Don Giacomo Radini Tedeschi, tan entrañablemente amado por el Papa Juan XXIII, que fue su secretario.

Todas estas antiguas vivencias, añadidas a la preparación ambiental próxima, habían capacitado y adiestrado al joven sacerdote Montini para dedicarse a la dirección espiritual de los universitarios de Roma.

En inquietudes culturales Monseñor Montini, de mente insaciable y ambiciosa, sintonizaba con sus jóvenes universitarios.

Se celebraban los círculos en un vetusto edificio de la Plaza San Agustín. Tres eran las piezas destinadas a los universitarios. La una para el billar; la del medio para tertulias y reuniones; mesas con cuatro sillas en tres de los rincones de la habitación; en el cuarto rincón un piano, regalado por un mecenas, que resistía tenazmente a la humedad y a los tecteos y manotazos de los aficionados ejecutantes; y la tercera pieza era la biblioteca, larga mesa paralela a la pared del fondo, oprimida por una vieja estantería escasamente decorada de anacrónicos libros, que nadie se atrevía a hojear. El Asistente empezó poco a poco a conseguir libros modernos, que alternaban ya con los otros, de bella encuadernación en piel con títulos de oro.

En esta biblioteca se tenían las charlas de religión, los seminarios, las juntas misionales, los coloquios sobre temas actuales y temas perennes.

La palabra juvenil, pero ya densa, exacta, sobria, de Montini abría horizontes nuevos a los jóvenes universitarios y consolidaba una fe que, aceptada como don y conservada como tradición y costumbre, enseñaba a practicar el *rationabile obsequium* de San Pablo y a vivir en plan de coherencia el pensar y el obrar según Cristo.

Pero más aún que a la iluminación de las mentes Monseñor Montini se propuso atender a la configuración integralmente cristiana de esos corazones juveniles.

Hay evidentes razones para que el Consiliario sea joven. Y lo ha reconocido el mismo actual Pontífice en su alocución a los Consiliarios de la Juventud Italiana de Acción Católica. No es difícil sorprender un apunte autobiográfico en aquellas palabras: "Recordamos que a este ministerio son destinados de ordinario los sacerdotes más jóvenes, y frecuentemente al comienzo de su servicio apostólico, inmediatamente después de su ordenación, después de la primera misa, cuando, no tanto la experiencia de la vida, cuanto la impaciencia de la primera caridad, dispone al asesor eclesiástico, joven entre jóvenes, para el arte supremo de atraer, entusiasmar, moderar y formar cristianamente a las almas de las nuevas generaciones...".

Por los recuerdos que le suscita, por la importancia intrínseca de este apostolado y por su proyección e influjo en la vitalidad de la Iglesia el movimiento de la Acción Católica es entrañablemente querido por el antigua Asistente de la FUCI. Queden estampados aquí otros conceptos notables de esa misma alocución:

"Baste este breve encuentro para asegurarnos el grandísimo interés con que miramos a vuestras personas y a vuestro trabajo. Creemos que todos vosotros sabéis cómo hemos amado siempre a la juventud, en todas sus edades, en todas sus manifestaciones, en todos sus problemas y, en particular, que siempre hemos estimado muchísimo a nuestra juventud italiana, que tiene la fortuna, el honor y la tarea de pertenecer a la Acción Católica. A ella pertenecemos Nos mismo, en los años lejanos de nuestra juventud, y seguimos sus vicisitudes durante cincuenta años, y hemos vivido algunas de sus horas grandes y dramáticas, hemos conocido a sus dirigentes, consiliarios, miembros y amigos

casi sin número; hemos favorecido, en lo que nos ha sido posible, sus funciones y su incremento; hemos meditado y admirado su espíritu; hemos promovido y defendido sus organizaciones, y hemos estudiado su pedagogía y sus riquísimos frutos.

“Nuestro ministerio pastoral en estos últimos años nos ha confirmado en la estima y en el afecto hacia esta siempre viva y floreciente organización, y nos ha procurado experiencias, satisfacciones, esperanzas, en el campo católico juvenil, que, ciertamente, no podremos olvidar.

“Por ello, decíamos, miramos a vuestras personas, a vosotros, queridos y venerados sacerdotes, que estáis empeñados, como consiliarios diocesanos o como asesores eclesiológicos de las obras de la juventud italiana de Acción Católica, en el ministerio encaminado a la formación religiosa y moral de la juventud **misma**, con **interés**, con **atención** y con una estima particular. Pues estamos convencidos de la importancia suma, de la dignidad incomparable, de la belleza y de la riqueza de tal ministerio, y estamos igualmente persuadidos de su necesidad. Sabemos bien cuán indispensable es.

“En el marco de las exigencias y de las funciones pastorales, vuestra obra ocupa, en ciertos aspectos, un primer lugar. Pues no se puede concebir una acción pastoral eficaz y orgánica sin que la asistencia a la juventud tenga los cuidados más asiduos y atentos. Que luego son, por un lado, los más fatigosos y delicados; y, por otro, los más fecundos en frutos espirituales, porque no se refieren solamente a la asistencia uniforme y formal a los fieles de la comunidad cristiana, sino que miran también, y principalmente, por su formación, por su educación, por su iniciación en la vida religiosa y moral, y si el esfuerzo de esta pedagogía pastoral se logra, la madurez católica, su capacidad de profesión plena y militante del nombre cristiano, su esforzada, amorosa e inconcusa fidelidad a la Iglesia. Vosotros sois los trabajadores, los animadores, los artífices, los apóstoles de tan maravilloso ministerio”.

En Roma, como en Brescia, se rindió sumisamente a la fascinación espiritual que le ha producido siempre San Pablo. Lo cierto es que en su basílica romana de extra muros Don Juan Bautista reunía sus universitarios romanos para unos “**ritiri minimi**” que duraban toda la jornada del domingo con una sola de descanso.

Cada domingo, en pequeños grupos, los jóvenes se congregaban en la abadía para meditar los puntos propuestos y dilucidados por el Asistente bresciano, cuyo lenguaje se les hacía tan inteligible porque era estrictamente coetáneo.

Un religioso de las Escuelas Cristianas, el Hermano Alesandrini, ayudaba al Asistente con instrucciones litúrgicas sobre el Misal Diario.

Había una hora de agradable coloquio que se aprovechaba para saludar al Rvdmo. Padre Abad que era entonces Don Idelfonso Schuster, más tarde, —¡quién lo iba a decir al Padre Abad y al Padre Asistente!— Cardenal de Milán y predecesor de Montini.

Las meditaciones se tenían en alguna de las capillas **internas**. Había una a la que se llagaba por un dédalo de corredores y escalas y que semejava en todo una cripta de catacumbas. Ya al atardecer, en

la basílica cerrada y solitaria, misteriosamente oscura, los jóvenes bajaban a orar y a renovar sus promesas del bautismo ante la tumba de San Pablo.

La comunión de los primeros viernes se recibía corporativamente en la Iglesia de San Giovannino alla Pigna, en la plaza de su nombre, de frente al viejo Vicariato de Roma. La rigen espiritualmente los Padres Salesianos.

Don Juan Bautista celebraba y les dirigía la palabra y Monseñor Mariano Rampolla del Tíndaro se sentaba a oír las confesiones. Después los universitarios pasaban al refectorio de la comunidad y allí, en animada charla, tomaban el desayuno que les servía Don Trione, un salesiano lleno de bondad y de agradable conversación.

El Asistente aprovechaba, para fundamentar en la fe y en la devoción a sus universitarios, el recurso maravilloso que guarda Roma, como ninguna otra ciudad, en sus basílicas vetustas, con silencio de eternidad y remembranzas de martirio, y en la noche soterraña de las catacumbas donde se preservó el arbolito naciente de la cristiandad.

A ellas, a San Sebastián, a los Santos Nereo y Aquileo, se iba el Asistente con sus jóvenes. Lo acompañó alguna vez el Padre Bevilacqua y les habló con su elocuencia de fuego que removía las conciencias. Don Juan Bautista les hablaba en tono de confianza, con palabras que iban cayendo lentas y graves como cae a veces la nieve. Los muchachos se sentían en el tiempo y como fuera del tiempo. Y cuando salían de la penumbra basilical o catacumbal a la invasión del sol de primavera advertían que también en sus almas se había encendido una gozosa inundación de luz.

Ya desde entonces Montini entendió la fe cristiana como vivencia de caridad. Por eso encaminó sus muchachos hacia la práctica de la caridad misericordiosa con los hermanos más necesitados.

Para ponerlos en contacto con la miseria y con la oportunidad de remediarla se escogieron dos de las zonas más abandonadas del suburbio romano: Porta Metronia desde el primer momento y posteriormente, ya en 1933, el barrio de Primavalle.

Porta Metronia era entonces un amasijo de casuchas edificadas en tiempos del alcalde judío Nathan con el más deliberado desprecio a las normas elementales de la higiene. No tenían luz eléctrica ni agua corriente. Los moradores vegetaban en la suciedad física y moral, en explicable estado de exasperación y en medio de un anticlericalismo ciego y violento.

Monseñor organizó entre sus muchachos la Conferencia de San Vicente de Paúl, según el estilo de Ozanam, y con ellos se reunía a estudiar los planes de acción y los resultados consecutivos en una habitación o dependencia de la iglesia de Santa María de Loreto, cerca del Foro Trajano.

Junto a Monseñor solía estar, como guía de los jóvenes por esos andurriales de suburbios, el Comendador Barbati, un maduro empleado de correos que se había ofrecido para el caritativo oficio.

Los jóvenes daban cuenta de sus visitas, observaciones y experiencias, exponían y discutían los problemas de sus pobres. planeaban los socorros que habían de conseguir y llevar en la visita próxima y

escuchaban siempre con la mayor atención, la palabra serena y cálida del Asistente que los exhortaba a dar para recibir.

A dar, mucho más que el óbolo —siempre misteriosamente recobrado— la limosna del amor a los hermanos de los “pabellones”, de las feas barracas envueltas en polvo durante el verano y zambullidas en fango durante el invierno.

No pocas familias vieron resueltas sus urgentes necesidades materiales y espirituales: el pedazo de pan, la medicina imposible, la matrícula del niño, la colocación profesional, el bautismo de niños tullidos y la unión matrimonial bendecida por la Iglesia.

Algunos domingos Monseñor Montini iba también con los jóvenes al suburbio y celebraba la santa misa en la capilla que espiritualmente regía Don Giovanni Contessa.

El problema obrero ha sido una espina clavada siempre en el corazón de Monseñor.

En 1933, alejado ya de la dirección espiritual de la FUCI, convocó a un grupo de Laureados y fundó con ellos otra conferencia vicentina que se reunía en Santa Ana del Vaticano y tomó como campo de su caridad el barrio de Primavalle, sumido en condiciones de indigencia y abandono de parte de todos, menos de unas religiosas polacas que regentaban allí un asilo y escuela de niños y se regocijaron al experimentar la asistencia de los Laureados católicos.

El resultado visible de estas actuaciones en medio de los universitarios romanos debió de complacer a sus superiores, porque ya en el otoño de 1925, después del Congreso nacional de universitarios católicos tenido en Bolonia, recibía de la Santidad de Pío XI, el nombramiento de Asistente Eclesiástico Nacional de la FUCI para suceder a Monseñor Luigi Piastrelli.

De solos 28 años de edad, Monseñor Montini, ayudado por la entusiasta y valiosa colaboración de Higinio Righetti, nuevo Presidente General, recogió la herencia de Monseñor Piastrelli y de Monseñor Pini, tan beneméritos del apostolado universitario, y se dedicó de lleno a la organización de la obra, sin descuidar por eso las delicadas tareas que le incumbían en la Secretaría de Estado.

Los frutos culturales de su actividad como Asistente Nacional quedaron tangibles en varias creaciones que le deben la iniciativa y la concreción práctica. Tales, valgan los ejemplos, la fundación en 1927 de la **Editorial Studium**, el **Movimiento de Laureados Católicos**, nacido en el verano de 1932 durante el Congreso nacional de Cagliari: la renovación y difusión de la revista **Studium**, órgano de los Laureados; el reajuste de grupos de estudio, asambleas regionales y congresos nacionales y finalmente la publicación de varios libros del mismo Asistente, escritos con una limpidez, una densidad de pensamiento y un fervor apostólico que delatan la dirección y las tensiones de su alma sacerdotal. Así los volúmenes **La via di Cristo**, **Introduzione allo studio di Cristo** y **Coscienza universitaria**.

En la dirección nacional de la FUCI Monseñor Montini hubo de trabajar simultáneamente con el Presidente Iginio Righetti.

Parece —el biógrafo sólo puede atenerse a rumores recogidos en estos mismos días en la prensa italiana y que no sabe uno en qué

fundamento histórico se apoyan— parece que el nombramiento del binomio Montini-Righetti vino a llenar el hueco de una precedente destitución. En 1924 la cuestión romana era problema, si no desconocido, al menos amortiguado en la mente de las promociones juveniles, muy alejadas ya de la exacerbación de la primera hora; pero seguía vivo y punzante en el terreno jurídico, político y diplomático.

Piastrelli y Lizier, Asistente y Presidente de la FUCI, enviaron un telegrama de homenaje al rey de Italia en nombre de la Asamblea de la FUCI, reunida en Bolonia.

La iniciativa disgustó al Papa que, según se dice, decidió negar la audiencia a los congresistas que iban llegando al Vaticano para ganar la indulgencia del año jubilar de 1925.

Encargado de comunicar la decisión pontificia fue Monseñor Montini que fue a notificarla a los congresistas en el mismo instante en que se formaban en procesión ante la tumba de San Felipe Neri para movilizarse hacia el Vaticano.

Monseñor Pini oyó y dijo:

—Hay ocasiones en que es necesario cantar el **Te Deum**, aunque se quisiera cantar el **De profundis**. Monseñor Montini entonó el **Te Deum**.

Los momentos eran difíciles.

Asistente y Presidente debían caminar con un ojo fijo en el Vaticano para interpretar voluntades y con otro fijo en los amigos que venían a la zaga.

—No es agradable caminar así, confiaba Righetti.

Este procedía de Riccione y había pasado infancia y juventud en Rimini, en donde había fundado y dirigido el periódico **Ariminum**. Era joven, avisado y equilibrado y por eso, desde su llegada a Roma, atrajo las miradas benévolas de los altos Jerarcas de la Acción Católica.

Vivía ésta entonces de frente a la marejada arrolladora del Fascismo totalitario, que intentaba, desde sus albores, el monopolio de la educación. El intento se convirtió en ley el 3 de abril de 1926, cuando se confiaba tal empresa a la Opera Nazionale Balilla, con el claro propósito de concentrar en ella todas las iniciativas juveniles. Un decreto ley de 5 de enero de 1927 otorgaba a la Opera Balilla el derecho de inspección y de regulación de condiciones para erigir o conservar obras juveniles preexistentes, al paso que se preveía la supresión de los grupos de exploradores católicos en los pueblos que no llegaban a los 20.000 habitantes.

Pío XI seguía con inquietud y alarma todos estos pasos. En su alocución consistorial de 20 de diciembre de 1926 manifestó sus angustias y tres días después recomendaba al abogado Pacelli insistir ante el jefe de estado, Mussolini, para conocer claramente su pensamiento acerca de la juventud católica, porque para él tales cuestiones eran más importantes aún que la cuestión romana...

Las explicaciones recibidas, después de laboriosas consultas, llevaron al gesto apaciguador de disolver los grupos de exploradores católicos. Laicos, sacerdotes y obispos seguían con ansiedad la suerte de los oratorios y demás asociaciones juveniles católicas. Por eso Pío XI, en sus consultas previas a la solución de la cuestión romana, quería y

procuraba la máxima claridad posible y la garantía jurídica de un artículo concordatorio.

La Acción Católica no era ni debía ser partido político; no era tampoco una asociaciónseudomilitar, deportiva o recreativa, pero no podía renunciar a esas formas exteriores que son complemento del cultivo del espíritu y de la actividad del apostolado. Por ello, en un país en que el partido único tendía resueltamente a serlo todo, y en donde una cédula podía dar o quitar la libertad y los medios de existencia, se debía defender o mantener la compatibilidad de pertenecer a la Acción Católica y a las organizaciones del régimen.

El 29 de mayo de 1931 Mussolini impartió la orden de clausurar todos los círculos de la Juventud Católica y de las Federaciones Universitarias Católicas. El 30 de mayo se ordenó secuestrar sus materiales.

La reacción del intrépido Pío XI fue inmediata.

Ese mismo día suspendió el envío del Cardenal Legado a las festividades antonianas de Padua, el congreso eucarístico diocesano de Roma y la procesión del Corpus Christi y con decreto especial ordenó a los obispos el tomar personalmente la dirección y tutela de la Acción Católica y a los dirigentes el entenderse para todo con los obispos.

Para Pío XI la Acción Católica era la pupila de sus ojos.

“Vosotros, les decía el 26 de junio de 1927, repitiendo frases de Pío IX en 1869, vosotros estáis con Nos, Nos estamos con vosotros y el Señor está con Nos”.

El 1º de mayo de 1931 decía a los grupos de peregrinos:

“También vosotros, amadísimos jóvenes, gozo nuestro y santo y paterno orgullo nuestro, podéis estar felices y satisfechos de haber sufrido por la Iglesia, por el Papa, por Jesucristo mismo”.

Durante estos años, y en este clima de batalla debieron conducir a los universitarios su Asistente y su Presidente.

Un día Righetti escribió en un periódico: “Vivir peligrosamente se ha hecho el programa de muchos. La divina Escritura nos advierte que el que ama el peligro acabará pereciendo en él”.

Pronto empezaron para Righetti los sobresaltos.

“Cuando se organizaban nuestras reuniones —cuenta Monseñor Jeremías Pacchiani— me tocaba a mí ir al Vaticano a sacar a Montini. Era siempre un grave problema porque lo dejaban salir de mala gana. Y porque donde íbamos allí se armaba el caos. Los fascistas nos seguían y nos golpeaban. De ordinario nuestras reuniones comenzaban en una ciudad y acababan en otra”.

El incidente más clamoroso se realizó en Macerata en 1926. Los fucinos llegaron al lugar de la reunión entre filas de carabineros, como si fueran prisioneros; a la cabeza iban Montini, Righetti y Pacchiani.

Los fascistas, que estaban escondidos detrás de unos árboles, saltaron de improviso, blandiendo bastones. Hubo golpes de lado y lado y no pocos debieron recurrir al médico. Un fucino, hoy dentista en Bérgamo, por nombre Hugo Galli, resultó con la cabeza toda vendada.

Resignados, pero siempre de buen humor, los funcionarios volvieron a la estación para dirigirse a Asís donde, pensaban, había más libertad.

Allí Monseñor Montini empezó las sesiones diciendo tranquilamente: —Si hoy no podemos ir adelante con banderas desplegadas, trabajemos en silencio.

Acabada la reunión se dirigieron a Roma para la acostumbrada audiencia. Cuando Pío XI se encontró de frente a sus fucinos su curiosidad se fijó en el joven de la cabeza vendada.

—¿Quién es, preguntó ese joven del turbante?

—Son, le dijeron vagamente, los sucesos de Macerata.

—Y qué son tales sucesos?

Entonces Monseñor Montini y Righetti explicaron a Su Santidad lo que había acontecido.

Oído el relato, Pío XI se volvió muy serio hacia Monseñor Pizzardo, Sustituto de la Secretaría de Estado y dijo secamente:

—¿Y estas cosas no se me comunican?

Dos años después la reunión se debía celebrar en Bérgamo. Pero no pudo ser por razones que expone Monseñor Pacchiani:

“Algún día antes de la reunión reparo en un caballo que va y viene ante la fachada de la sede. Sobre el caballo monta nada menos que Suardo.

—Ay! me digo, algo estará tramando.

En efecto, me llama a la cuestura y me dice:

—El Congreso no se tendrá.

—Y por qué no? pregunto. Tenemos el permiso de Roma.

—De quién? averigua.

—De Monseñor Pizzardo.

Telefonean a Roma y en Roma sucede esto: que la Cuestura ordena a Monseñor Pizzardo presentarse enseguida.

Evidentemente, el que da la orden ignora quién sea Monseñor Pizzardo. E ignora que en Roma se está ventilando en esos mismos días la solución de la cuestión romana: la soñada conciliación.

Al conocer Mussolini las arbitrariedades de sus subalternos monta en cólera y por vía telefónica manda dejar hacer a los católicos todos los congresos que se les ocurran.

El nuestro se celebró; pero no en Bérgamo, sino en Pavía”.

Después de la conciliación la lucha amenguó notablemente. Pero por breve tiempo. En mayo del 31 embraveció hasta la brutalidad, según arriba indicamos y el fascismo se entregó a devastaciones, secuestros, golpes y persecución hasta de las insignias de la Acción Católica.

Pío XI publicó la encíclica “**Non abbiamo bisogno**” de 29 de junio de 1931 que tuvo singular resonancia en el mundo entero.

Monseñor Confalonieri en su preciosa obra “**Pío XI visto da vicino**” recuerda una movida audiencia concedida a los jóvenes universitarios católicos, que tomó la forma de diálogo entre el Pontífice y el Presidente Righetti, de quien quiso Su Santidad informarse públicamente de cuanto había sucedido, insistiendo en el principio ascético de que el mejor modo de frenar el mal es denunciarlo a tiempo...

—Se acerca, decía Righetti, una tempestad horrible.

Se refería no tanto a las violencias del fascismo, cuanto a las debilidades y concesiones de muchos católicos que al fin cayeron en la

tentación de guardar en sus bolsillos la tarjeta de la FUCI y la de la GUF o Juventud Universitaria Fascista.

—El que quiera hacerse de la GUF, gritaba Righetti, que se vaya ahora mismo.

Monseñor Montini, sereno, mesurado, aconsejaba: no colaborar, resistir pasivamente, prepararse para cuando el fascismo cayera.

El recordaba la postura de su padre, el cual, en los años de **non expedit** o de la abstención, recomendaba a los católicos el irse preparando para la acción.

—Cuando éramos niños, recuerda el senador Ludovico Montini, hermano de Monseñor, nuestro padre no hacía más que repetir: Es necesario prepararse para ver la luz. No queremos pactos. Cuando seamos mayores nos pondremos en movimiento...

Para Monseñor Montini, que ansiaba formar a sus jóvenes en la más evangélica espiritualidad, la dificultad no venía de las contradicciones de fuera. Venía más bien de la interior falta de espíritu.

Había en la FUCI, como suele suceder en todas las organizaciones juveniles, una especie de veteranos o “vieja guardia” que hace de sus reuniones unas tertulias agradables a base de comer, beber y cantar.

Monseñor Montini, siempre exquisito en todo por linaje, por educación y por convicciones, inauguró un curso bajo el signo de la austeridad. Surgieron, como era de esperar, las inconformidades y las protestas. Pero el Asistente miraba a lo hondo y a lo lejos. A la raíz del alma, en donde se forman los auténticos cristianos y a las perspectivas de la futura acción.

En 1932 Monseñor Montini, recargado de trabajo en la Secretaría de Estado, hubo de presentar dimisión de su oficio de Asistente Nacional de la FUCI; pero no se desentendió de la misma ni rompió las relaciones. De 1936 en adelante surgieron las famosas y decisivas semanas de Camáldoli frecuentadas por los más sagaces y sensibles dirigentes de la futura democracia cristiana que se preparaban ya para la transición difícil a la libertad cuando se desplomara el Fascismo.

Monseñor Montini no hacía más que encomendarles con insistencia: —Sociología, sociología, sociología.

Y coincidencia extraña: el 26 de julio, el mismo día que Mussolini caía del gobierno, se echaban en Camáldoli las bases de una ordenación cristiana. Nacía el llamado “Código de Camáldoli”.

Ya no estaban presentes Monseñor Montini e Higinio Righetti.

El primero trabajaba en el Vaticano; el segundo había muerto, a los 35 años, el 17 de marzo de 1937, amargado por el conformismo de muchos católicos y confortado por la presencia de su amigo Monseñor Montini.

La señora viuda de Righetti Doña María Faina, esperaba entonces un segundo hijo. Y cuando nació le hizo imponer en el bautismo el nombre de Juan Bautista en homenaje al mejor amigo de su esposo ausente.

Vicenzo d’Agostino ha rememorado en **La Rocca** (1º julio 1963) la actuación del entonces joven sacerdote en la FUCI y cita palabras textuales y muy expresivas de Monseñor Montini, cuando de-

finía la FUCI de entonces como “jaula de leones”. Muy distintos de estos universitarios de hoy “domesticados y cautos”. . . Ya Cardenal, Su Eminencia decía: “Aquello fue para mí un descubrimiento: si yo se alguna cosa, lo debo en gran parte a esos caros amigos de los años pasados, porque fueron un estímulo, una lección viviente que yo no habría podido recibir ni de los libros y lo diría ni siquiera del ejemplo, nobilísimo por otros aspectos, del mundo eclesiástico”.

¿Y los muchachos universitarios, qué pensaban de su Asistente?

Nos lo indica esta anécdota que ahora ha sido evocada con toda la belleza de su entonces remoto augurio y simbolismo.

Los jóvenes regresaban del congreso fucino de Cagliari para embarcar en Olbia rumbo a Civitavecchia. Pero la nave no podía con tanto personal; se le habían agotado los puestos.

Don Montini, como decían, insistió ante los comandos del barco para que al menos transportaran a las señoritas delegadas. Los jóvenes pasarían la noche sobre las bancas de la estación ferroviaria o en vagones de vía muerta.

A la madrugada los muchachos se encaminaron todos a la playa, alquilaron barcas y se pusieron a remar entre la delicia de las rachas marinas del amanecer. Con ellos iba también Don Juan Butista, que a pesar de sus apariencias de reserva, sabía compartir el júbilo de sus muchachos. Con varios amigos él de pie, iba y venía sobre graciosa barquichuela en medio de las otras barcas colmadas de jóvenes clamorosos. De pronto uno de ellos gritó: —Don Juan Bautista, Ud. parece a San Pedro sobre la navecilla de Cristo. El Asistente sonrió, hizo un ademán de saludo y siguió navegando tranquilamente.